

ESTUDIOS SOCIALES
Volumen XXIV, Número 85
Julio - Septiembre 1991

RECENSIONES

Documentos de la Conferencia del Episcopado Dominicano. 1955-1990. Colección Quinto Centenario. Serie documentos. 2 (Santo Domingo, 1990), 736 págs.

Esta colección de documentos emanados de la Conferencia del Episcopado Dominicano durante sus tres decenios de existencia, completa y actualiza la primera antología de treinta y tres documentos del mismo organismo, editada en 1969, con motivo de las bodas de plata sacerdotales de Mons. Hugo E. Polanco Brito, entonces Administrador Apostólico sede plena de Santo Domingo.

A través de 114 documentos de diversa índole (cartas e instrucciones pastorales, exhortaciones, declaraciones, mensajes, notas y comunicados), esta magnífica colección pone a disposición del historiador o del simple estudioso de los problemas de la sociedad y la Iglesia dominicanas de esta segunda mitad del siglo XX, un arsenal de inestimable valor.

Desde la creación de la Comisión Nacional Episcopal (1954), paso previo a la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Río de Janeiro, 1955), hasta la puesta en marcha de la que hoy es Conferencia del Episcopado Dominicano, en su Primera Asamblea Plenaria (29-31 julio 1963), este organismo de gobierno de la Iglesia Dominicana se ha hecho eco de sucesos y crisis que afectaron y dejaron marca en la marcha de la historia dominicana contemporánea.

En estas páginas revive la verdadera Iglesia Dominicana del siglo XX: Desde aquella Carta Pastoral del 25 de enero de 1960, y su secuela (28 febrero 1960), cuando la Iglesia se rebeló a ser aún dócil al una tiranía impenitente y sin remedio, hasta las valientes denuncias de la corrupción y el imperio de la fuerza, en las décadas de los setenta y ochenta.

Como decía la primera Carta Pastoral del Episcopado de 1990, y recuerda Mons. Francisco J. Arnáiz, S.J. en la presentación, a los

obispos, como maestros y pastores les incumbe también hablar del mundo económico y político, porque

la economía y la política –por ser actividades humanas–, están subordinadas a los reclamos de una fe viva y a la Moral. No hacerlo sería traicionar nuestra misión y función evangelizadora (p. xviii).*

Entre los documentos, destacan como momentos de vitalidad de nuestra Iglesia y, sobre todo, como formulaciones teológicas de importancia, la súplica a los bandos en lucha y a los "dirigentes responsables de nuestra nación", durante la guerra civil (22 mayo 1965); las reflexiones pastorales sobre las leyes agrarias (21 enero 1973), el magnífico mensaje sobre la corrupción (19 diciembre 1975), la reflexión sobre quiénes son los causantes de nuestros males (15 agosto 1988), y varios pronunciamientos sobre la violencia institucionalizada o el deterioro de la convivencia ciudadana (30 julio 1970, 9 febrero 1973, 24 abril 1984 y 25 enero 1985).

A medida que avanza la segunda mitad del siglo XX, los documentos de la Conferencia del Episcopado adoptan un lenguaje cada vez más técnico e incluso tocan temas desusados, por lo menos entre nosotros. Así, varios documentos de esta colección se refieren a la producción (30 noviembre 1980), a la deuda externa (21 enero 1987), y a la crisis creada por la inflación (11 julio 1987).

En el área política, y aparte de los documentos ya clásicos de 1960, y los provocados por las primeras elecciones libres en 1962, destacan los documentos sobre política y partidos políticos (21 enero 1986), sobre el proceso electoral (3 mayo 1986), y sobre las condiciones esenciales de la existencia del Estado (21 enero 1990). En el área educativa, destaca entre otros la nota sobre el derecho a la educación privada (28 octubre 1985). Y, por supuesto, novedoso resulta en documentos de esta naturaleza el primer planteamiento del problema ecológico en la Pastoral sobre la relación del hombre con la naturaleza (21 enero 1987).

Como decía el mismo Mons. Arnáiz en la presentación en público de esta obra (16 abril 1991), la primera o la última reflexión que surge en la mente del que repase estos documentos, es que la Iglesia sólo se hace comprensible cuando aceptamos el misterio como punto de partida. Su presencia en el quehacer histórico de un pueblo cobra valor cuando consideramos que hay una sola Historia, y que la Iglesia transita el mismo camino para acompañar a los desorientados, entusiasmar a los desanimados y, sobre todo, alumbrar la senda de los que necesitan claridad y guía.

Pero, además de eso, la vida y actividad de la Iglesia en la sociedad dominicana convierte la lectura de estos documentos en un repaso de historia patria, por lo menos de estos últimos treinta años. el cristiano que acepta conscientemente su misión social, el simple estudioso que quiere constatar la coherencia de la Iglesia o incluso el que vive ajeno a la institución, encontrarán en esta voluminosa obra un apoyo más para conocer mejor la realidad y concreciones de nuestro ser social.

Quizás la Iglesia Dominicana a fines del siglo XIX, a imagen y semejanza del arzobispo Fernando Arturo de Meriño (1885-1906), estaba más consciente que nosotros de la dimensión histórica de su pensar y quehacer. Por eso, nunca le agradeceremos lo suficiente al sagaz arzobispo la creación y mantenimiento de aquél *Boletín Eclesiástico* (1885), que se desvaneció prácticamente en 1967, resucitó apenas en manos de su última entrega en 1979 con *La Visita de Juan Pablo II*, aquél álbum sobre la primera visita del Papa a Santo Domingo (25-26 enero 1979).

A falta de un instrumento de apoyo y reflexión como aquél, no podemos sino alegrarnos cuantas veces la Iglesia se retrata en el lienzo de nuestros historiadores. En esta ocasión es la misma Iglesia Dominicana la que se deja ver, y allana así el camino a sociólogos, teólogos y pensadores, futuros intérpretes del siglo que está a punto de ser historia.